Cuando Albert me comentó que su ilusión sería hacer un hospital cerca del castillo, me pareció una idea fabulosa. El hospital estaría destinado a la gente menos favorecida económicamente. Sería cómo hacer algún bien después de tanto sufrimiento y aunque nosotros no tuviéramos ninguna culpa, al menos nos sentiríamos mejor ayudando a otras personas. Y ahora se puede ver el hospital erigido a la memoria de lady Catherine, siendo los mayores benefactores Héctor y yo.

Para no cansar demasiado a Eric, decidieron dejarlo por el momento. Carla y Héctor salieron a dar un paseo por la playa.

—Te noto pensativo —dijo Carla.

—Es que es para estarlo. Yo no te había contado nada sobre mí y el que lo ignoraba todo sobre mi familia era yo.

—En nada ha cambiado tu vida. Tú tenías dos padres y los sigues teniendo. Sólo que ahora conoces más a tu madre.

—¿Qué me dices del relato macabro que nos ha contado? Eso es demasiado duro de digerir, Carla.

—Sí. Es difícil, pero olvídalo ahora. Hace siglos de eso y no vas a calentarte la cabeza.

—No. Pero creo que soy un idiota por pensar que todo era perfecto en mi familia.

—Y lo ha sido, cariño. Tus padres y tus abuelos lo han sido. En todas las familias hay una oveja negra y esos eran esos hombres.

—Y tú, sabiendo todo esto ¿cómo no me has dicho nada?

—No, eso no lo sabía. Cosas de tu familia sí, pero de esto último, no tenía ni la menor idea. Pero ¿cómo quieres que te diga nada de lo que iba averiguando, si ya te dije que tú no eras culpable de la muerte de tu madre y sigues empeñado en creer que sí lo eres? Pues imagínate si te cuento más cosas. Moléstate en leer los cuadernos de tu padre y así podrás entender a tu familia. Al final va a ser que los conozco yo más que tú mismo.

—Me estás diciendo…

—No estoy diciendo nada. Sólo digo que para saber más deberías leer los diarios de tu padre. Mejor que tú, nadie para comprenderle y saber por qué vivió como lo hizo. Me da como que no conocías nada absolutamente de tu familia, ¿me equivoco?

—Creo que no. Pero tienes que entender que me críe con mis abuelos maternos y por lo visto me hicieron ver a mi madre a través de sus ojos. Jamás se imaginaron cómo había vivido ella, ya que la tuvieron poco tiempo a su lado y lo poco que pudieron disfrutar de su compañía, la tenían en un pedestal.

—No es excusa, Héctor. Sólo tenías que haberle preguntado a tu padre. Desde luego él no te hubiera contando las mismas cosas que te ha podido

contar Eric, pero sí cómo vivió él todo cuanto ahora sabes. Pero, sí, tal vez no te hubiera contado nada porque la amaba y la amó toda su vida. Así que él no te hubiera dicho nada que pudiera ofender su recuerdo. Bueno, dejemos de hablar de tu familia.

Carla espero unos minutos para comentarle a Héctor, ya que éste todavía no salía del asombro de lo relatado por Eric.

—Dime ¿te apetece que esta noche salgamos a cenar los dos solos? Sé de un restaurante cerca del mar, tiene velas y es muy, muy romántico. Te necesito, Héctor.

—No nos vendría mal una velada tranquila y como bien dices, romántica. Y luego el postre, nos lo tomamos en casa… Cariño, estoy hambriento de tus besos, de tus caricias, de toda tú.

—Y yo también. Te prometo que el postre será espectacular, si el tuyo también lo es.

Carla y Héctor cogidos por la cintura, caminaban en silencio y absortos en sus pensamientos, hasta la casa. Se miraban de reojo los dos sin saberlo el otro. Iban pensando en todo lo que había acontecido durante día. Héctor, en que tal vez por su propia desidia, desconocía mucho de la vida de su madre y su familia; y Carla, pensando si no había sido un poco tajante con Héctor. Ella nunca le había hablado así, pero se sentía con el derecho de decirle lo que pensaba. Tenía criterio propio y era capaz de adentrarse en las vidas de cuatro personas que habían vivido una vida fácil económicamente, pero difícil en convivencia puesto que estaban sin querer enlazadas entre sí. No, no había conocido a sus suegros, pero sí había conocido a Helen y había sido una mujer capaz de cambiarla, cambiarla de manera de pensar y de vivir e incluso de sentir. Ya no le importaba decir lo que tuviera que decir por temor a hacer daño. Si tenía que decir cualquier cosa, gustara o no, la decía y punto. De igual manera, exigía la misma franqueza para con ella. Sí, había crecido y madurado como ser humano y se lo agradecería toda su vida a Helen.